

INTRODUCCIÓN

1. PLANTEAMIENTO DEL TEMA¹

El propósito de este libro es formular una revisión crítica de la historia y los logros de un género literario tradicionalmente menospreciado, el de la autobiografía, en el momento más determinante de su evolución dentro de la literatura y la sociedad española. Ese momento no es otro que el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX, es decir, el periodo que la crítica ha establecido unánimemente como el de incorporación del género autobiográfico a un lugar relevante de la vida cultural en Occidente. El objeto propuesto para mi investigación es, por consiguiente, la larga gestación de la autobiografía moderna en España, estudiando sus características, el grado en que efectivamente podemos etiquetarla de «moderna» durante ese periodo, su pervivencia o su cambio respecto a las otras autobiografías anteriores —las no modernas—, la desigual trayectoria de las diferentes modalidades que se van sucediendo, escalonando y confluyendo a lo largo de esas décadas, sus relaciones con las mentalidades que las caracterizan —en especial su lazo con las concepciones del *yo*, con las formas de concretar la idea de identidad personal— y la interacción con géneros literarios o discursos ideológicos coetáneos.

En buena medida, revisar la historia de la autobiografía en ese periodo supone ni más ni menos que escribirla por primera vez, como quiera que no existen más que acercamientos muy parciales e incompletos a ella. De hecho, hasta hace no mucho plantearse un trabajo como el que aquí propongo resultaría una osadía e incluso una provo-

¹ Este libro es una versión abreviada de varios capítulos de mi tesis doctoral, *La autobiografía moderna en España: nacimiento y evolución (siglo XVIII y principios del XIX)*, leída en junio de 2001 en la Universidad de Cádiz bajo la dirección del profesor Alberto González Troyano, aprobada por un tribunal formado por los doctores José Antonio Hernández Guerrero, Manuel José Ramos Ortega, Anna Caballé Masforroll, Joaquín Álvarez Barrientos y Francisco Sánchez-Blanco Parody, a quienes aprovecho para dar de nuevo las gracias por su generosa lectura de mi trabajo.

cación, ya que se aceptaba como una decisión inexorable del destino que en España casi no había autobiografía de la que hablar, y que la que sí existía era tardía, falta de originalidad y de interés más bien pobre. Esta idea, que se convirtió en un tópico inquebrantable, se repitió una y otra vez como un dictamen definitivo, una especie de undécimo mandamiento, sólo revelado a los españoles, que les dijese: no pondrás tu vida por escrito.

Philarète Chasles, historiador francés, fue uno de los primeros en sentenciar en 1847 la poca inclinación de los españoles a los géneros autobiográficos y abre también el camino de justificarlos por presuntas cualidades morales que nos incapacitan para la autorreflexión: «les Espagnols ont écrit peu de mémoires... Une fierté silencieuse enveloppe leur vie et leur mort», «en Espagne les gens de lettres eux-mêmes et les artistes, assez enclins à la vanité chez tous les peuples, se sont contentés de l'orgueil; point de Benvenuto Cellini ni de Jean-Jacques Rousseau invitant le monde à écouter sa confession personnelle» [cit. en Marichal, 1971: 267]. Pero ya en 1818 Juan Antonio Llorente sentenciaba la escasez de testimonios personales en el prólogo de su propia autobiografía [Llorente, 1982: 49-50], donde por cierto esbozaba una mínima lista, nada desdeñable, de escritos anteriores; quizá la suya sea la aparición más antigua de este tópico, que luego se ha venido reiterando rutinariamente. Acaso el avatar más celebrado de esa idea sea el que ofreció Ortega y Gasset en un artículo donde afirmaba —sin perder el tiempo en demostrarlo— que «Francia es el país donde se han escrito siempre más “Memorias”; España, el país en que menos» [1983: 588]; para el sabio articulista era al parecer incontrovertible que «la cosecha de Memorias en cada país depende de la alegría de vivir que sienta. Los franceses son la gente que se complace más en vivir» [589], mientras que «el temple de la raza española [es] estrictamente inverso. ¡No puede extrañar la escasez de Memorias y novelas si se repara que el español siente la vida como un universal dolor de muelas!» [590].

No añadiré ningún otro ejemplo, aunque bien podría reproducir otros treinta o cuarenta semejantes. La repetición dogmática de un tópico como éste sólo trasluce desconocimiento y prejuicio: cuanto menos datos se tienen más osadamente se llena ese vacío con principios generales y brillantes metáforas, ya que ninguna de esas ingeniosas afirmaciones tiene más valor que el anecdótico si no se desarrolla previamente un conocimiento fundado. Hoy por hoy, esta clase de opiniones están desprestigiadas, ya que ese conocimiento viene acumulándose de modo laborioso en los últimos veinticinco años y ha permitido que el tópico sobre la incapacidad hispánica para la escritura personal

quede enterrado para siempre, o bien confirmado en algunos de sus extremos, pero ya sobre una base cierta y no sobre una intuición arrogante. El punto de partida de mi trabajo, por tanto, no es ese lamentable desierto que pintaban Llorente, Chasles u Ortega —«zona desértica de nuestra literatura» denominaba a la autobiografía otro crítico—, sino un territorio literario lleno de jardines, bosques y algún que otro oasis en tierra inhóspita. Es justo admitir también que los tramos conocidos de la autobiografía española aún bosquejan un paisaje discontinuo y en buena medida desestructurado, falto de visiones de conjunto y de acercamientos sistemáticos. En concreto, la sección peor conocida, peor documentada y pienso que peor comprendida es la que voy a desarrollar: el paso de la autobiografía antigua a la moderna, con un buen grado de solapamiento de ambas mentalidades, a lo largo del XVIII y principios del XIX. Pero antes conviene revisar el estado de la cuestión.

2. UN PRECURSOR Y VEINTICINCO AÑOS DE PUBLICACIONES: REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

Al pensar y escribir sobre la autobiografía española, durante mucho tiempo la referencia más antigua que venía a la mente eran los textos políticos publicados en la primera mitad del XIX, obras como las memorias de Llorente, Godoy, Azara, Labrador, etc., que se consideraban textos de circunstancias, de interés político y documental; quienes se acercaban a ellos —siempre historiadores— empezaban por lamentar la ausencia de más y mejores testimonios. No obstante, no cabe hablar de que se interiorice en la cultura española —entre lectores, escritores, eruditos, críticos, editores— la conciencia de que existe un género nuevo y legitimado, entendido ya también como literario sin dejar de verse como histórico, hasta la segunda mitad del XIX, sobre todo en la década de los setenta y ochenta, con la salida de la imprenta de las memorias de Alcalá Galiano, Mesonero Romanos, Zorrilla y otros. A partir de aquí la producción se intensifica y también la normalización y la diversificación de una forma de escritura que pasa a estimarse como un requisito imprescindible de una sociedad moderna. Ese proceso, sin embargo, no se aplica retrospectivamente, ya que no sirve para revalorizar formas autobiográficas anteriores a este momento de relativo florecimiento.

Cabe preguntarse cómo se encajaban en tal esquema interpretativo las obras de siglos anteriores cuya presencia no podía soslayarse. La respuesta es fácil, puesto que siempre había otros discursos literarios

institucionalizados en la cultura española donde cobijar esos incómodos testimonios: la *Vida* de Santa Teresa y los otros textos de religiosos y religiosas del siglo XVII se colocaban sin problema alguno en el amplio apartado de la literatura espiritual y el misticismo; la *Vida* de Torres Villarroel, que brillaba con luz propia en medio de la nada, se despachaba desde tiempos de Valera como un epígono de la novela picaresca, lo mismo que ocurrió cuando empezaron a recuperarse autobiografías inéditas de soldados del Siglo de Oro, como las de Contreras o Duque de Estrada. El problema consistía en que las piezas conocidas eran tan pocas, tan aisladas y tan discontinuas, que no valía la pena estudiarlas como parte de un género propio, la autobiografía. Había un cierto número de obras impresas que fueron recuperándose, y un número mucho mayor de obras manuscritas que también comenzaron a ser manejadas por los eruditos. Sólo cuando todos estos textos fueron agrupados se desveló la coherencia, solidez y continuidad del *corpus*.

Eso fue lo que hizo Manuel Serrano y Sanz en su libro pionero de 1905. Era, sin duda, la colección de noticias sobre autobiografías españolas más completa, diversa e indiscriminada que hubiera salido a la luz; no existe ningún otro trabajo posterior de esa envergadura que abarque todo el arco cronológico y temático de éste, y eso que excluyó apostar los textos religiosos. En algunos aspectos, sigue siendo una obra básica. No obstante, su labor parece haber caído en saco roto, sin que alterase la imperturbable negación de la autobiografía española, y en especial de sus testimonios más tempranos. En esto puede haber intervenido el carácter demasiado erudito de su trabajo, que no habría podido penetrar un estado de opinión intelectual más amplio; también cabe achacarse a su propia metodología —o falta de ella—, ya que sus criterios de inclusión y exclusión son tan laxos que dio cabida a un número elevado de obras que razonablemente no pueden ser calificadas de autobiografías *stricto sensu*. Su afán de acumular información hace que el repertorio parezca hinchado adrede y, por tanto, pierde fuerza de convicción. Muchas de las piezas que enumera son, además, áridas, inaccesibles, intrascendentes, de valor poco más que testimonial..., no es la clase de *corpus* literario que levanta pasiones, ni incorpora muchas obras de esas que Ortega consideraría gozosos antídotos contra el dolor de muelas.

Sin embargo, a mi juicio, un tópico tan arraigado hubiera resistido incluso un ataque mejor armado que el de Serrano. Era el suyo un acercamiento puramente erudito a una materia sobre la que la opinión culta española y europea tenía ya un juicio definido, que cuadraba a la perfección al papel que se atribuía a España en el marco de la cul-

tura europea. La incapacidad de los españoles para confesarse y escribir de sus vidas con algo de alegría o de sinceridad se ajustaba a la opinión regeneracionista que censuraba el aislamiento respecto de Europa, el excesivo lastre religioso y clerical, la represión interior y exterior fruto de siglos de oscurantismo, Inquisición y atraso, el miedo a opinar, la falta de aprecio por el individuo... Había también un arraigado prejuicio que obligaba a identificar como *verdaderas* autobiografías sólo aquéllas que respondían al modelo europeo — francés — más difundido a partir de fines del XVIII. Los textos españoles que recopila Serrano y Sanz — fiel representación del tipo de autobiografías que, de hecho, se escribieron en España — iban por otros derroteros y, por tanto, no eran identificados como legítimas autobiografías. Lo peor de los tópicos no es que sean falsos, es decir, que no aludan a una realidad constatable, sino que impongan unos falsos criterios para reconocer esa realidad. Este tópico reúne ambas características.

Lo cierto es que, para que el material agrupado por Serrano y Sanz diese paso al comienzo de una verdadera historia de la autobiografía en España hubieron de pasar setenta años. En todo ese periodo no hay ninguna aportación crítica digna de subrayarse, salvo — eso sí es importante — un buen número de ediciones accesibles y de nuevos textos que se hicieron aflorar y que pusieron las bases materiales para desarrollar el asunto desde donde lo había dejado Serrano². Sólo en los últimos veinticinco años, y con creciente fuerza en la década de los noventa, ha empezado a surgir en España un verdadero y fundado conocimiento sobre la autobiografía y sobre sus géneros afines³. El estudio directo de los textos empezó a dar un resultado sorprendente, que desautorizaba a la legión de autores y críticos que habían minusvalorado la autobiografía española. El punto de inflexión de esta nueva lectura fueron los primeros años setenta del siglo XX. Entonces aparece el libro de Randolph Pope [1974], que redescubre catorce autobiografías españolas desde Leonor López de Córdoba a principios del XV hasta Diego de Torres Villarroel en el XVIII. Su propuesta tenía tintes provocadores:

² Descollaron en especial las ediciones incluidas en la segunda época de la Biblioteca de Autores Españoles: las *Autobiografías de soldados áureos* de Cossío [1956], las *Memorias de tiempos de Fernando VII* de Artola [1957] y las ediciones de Godoy, Fernández de Córdoba y Enríquez de Guzmán.

³ Un repaso comentado de la bibliografía crítica más reciente puede verse en Romera Castillo [1999].

«En España se escribió un pequeño número de obras maestras de la autobiografía antes de que fuera establecida como un prestigioso género literario por Rousseau y aceptada como una expresión típica de la burguesía. Estas narraciones de la propia vida escritas por españoles antes del siglo XIX, precisamente por haber sido pura voluntad rebelde, por no haber tenido modelos establecidos en que apoyarse y por no calzar del todo con el paradigma europeo, han sido dejadas de lado por la crítica que se ha dedicado a este género» [Pope, 1974: 1]. «En nuestro estudio pretendemos mostrar que la autobiografía encontró un temprano y sorprendente desarrollo en España, pero que luego fue sofocada justamente cuando empezaba a florecer en el resto de Europa» [2].

En 1975 se publican a la vez tres libros sobre la *Vida* de Diego de Torres Villarroel que parten de estudiarla por fin como autobiografía, e incluso como una autobiografía novedosa, audaz y adelantada a la europea: los de Suárez-Galbán, Sebold y Kleinhaus. Así pretendían disputar a Rousseau también su territorio natural, al sostener que los principales rasgos de la autobiografía burguesa, con todas las contradicciones propias de la psicología del individuo moderno, existen ya en Torres Villarroel antes que en el ginebrino. Más tarde Suárez-Galbán [1983] se propuso extender esa idea a la autobiografía de Cadalso. Según esto, existiría una línea autobiográfica española anterior a la francesa también en cuanto a la autobiografía burguesa del XVIII y no sólo en el Siglo de Oro.

La subitánea aparición en la crítica literaria española del tema de la autobiografía se presentaba como una agresiva alternativa a la tesis que venía siendo general y tópicamente asentada, dando ahora la primacía a nuestro país dentro de Europa y definiendo una tradición de autobiografía independiente. En esta audacia hay un factor clave: para introducir dentro de la historia literaria del país la autobiografía había que romper con dos ideas que estaban íntimamente trabadas y que constituían, como luego explicaré, el cimiento de los estudios autobiográficos en Europa. Había que negar la inexistencia de textos consistentes antes de fines del XVIII y había simultáneamente que admitir como legítimas autobiografías las que no ofreciesen un tipo de confesión individualista y autoconsciente como la que practican Rousseau y los otros autores modernos franceses y europeos. Resulta que en los años setenta todavía el *corpus* de textos españoles que se manejaban del siglo XVIII y principios del XIX era pobre y poco atrayente. En cambio, los estudios literarios auriseculares tenía localizado un importante grupo de obras de una cierta coherencia y, en algunos casos, de no poca calidad. Era evidente que el sistema teórico europeo al uso suponía un callejón sin salida para el caso español. De ahí que la reivindicación del género en España haya sido tan audaz justo en sus comienzos, porque

se ha centrado precisamente en el sector cronológico y temático del mismo que peor encajaba en los presupuestos teóricos vigentes, el del Siglo de Oro, extendiéndose luego hacia el XVIII.

Este auge del tema de la autobiografía se desarrolló en especial gracias a los congresos que tuvieron lugar en Aix-en-Provence durante los años ochenta [AA. VV., 1980, 1982, 1988 y 1992]. Fueron hitos en el avance de la investigación que, aunque desiguales, incluyeron un puñado de trabajos básicos en distintos extremos de la materia. Con frecuencia, sin embargo, derivan hacia los márgenes del género más que a la autobiografía *stricto sensu* de la que aquí pretendo ocuparme. Lo mismo cabe decir de otro congreso que ha tenido menos impacto, pero que también contiene valiosas aportaciones, el denominado *Escritura autobiográfica* [Romera Castillo y otros, 1993]⁴. Otros dos puntales de esta misma tendencia son los números monográficos de la revista *Anthropos* [Loureiro, 1991 y 1991b], que pusieron al alcance de los especialistas de manera cómoda y con amplia difusión algunas muestras esenciales de la teoría literaria sobre la autobiografía más actual e hicieron algunas calas fundamentales en el caso español (en especial los trabajos de Fernández y Caballé allí incluidos). Una muestra del papel normalizado que ha ido tomando en estos últimos años la autobiografía es la aparición de un artículo bastante extenso sobre ella en un magno *Diccionario de la literatura española* [Blasco, 1993] y la inclusión de un capítulo, a cargo de Anna Caballé, sobre el mismo tema en uno de los tomos dedicados al siglo XIX de la *Historia de la literatura española* de Espasa-Calpe, dirigida por Víctor García de la Concha. También cabe mencionar el proyecto bibliográfico llevado a cabo por Barrio Valencia [1983], cuyos resultados completos no fueron publicados.

El impulso abierto a principios de los setenta se ha desarrollado sobre todo en segmentos cronológicos diferentes a los siglos XVIII y XIX, en las mismas líneas que en ese momento quedaron abiertas, rellenando las lagunas existentes y desarrollando campos nuevos. El filón descubierto por Pope no ha dejado de ser explotado desde 1974. Una de las modalidades autobiográficas mejor conocidas hoy es, en efecto, la de los soldados, aventureros y seudopícaros del Siglo de Oro. Además de los libros de Margarita Levisi [1984], Nicholas Spadaccini y Jenaro Taléns [1988] y Alessandro Cassol [2000], hay un buen número de artículos y de ediciones (en especial las de Henry Ettinghausen), que suelen moverse en torno a las relaciones de estos relatos con la fic-

⁴ Véase mi reseña [Durán López, 1995d].

ción, con la picaresca y con las demás categorías de la literatura y la mentalidad barrocas. Se ha trabajado menos el peso de esa tradición literaria sobre la autobiografía posterior, su relación con otras modalidades autobiográficas coetáneas y, en general, su estatuto propiamente autobiográfico.

Otro segmento de la autobiografía aurisecular —con derivaciones en los siglos siguientes— floreció también de forma simultánea y autónoma. Me refiero al vasto territorio de las autobiografías espirituales. Ha habido una extraordinaria cosecha de trabajos críticos sobre la *Vida* de Santa Teresa y sobre un gran número de autoras —en mucha menor medida autores— afines a la misma práctica autobiográfica abierta por la santa abulense. Se pueden citar decenas de libros, ediciones y artículos sobre el tema, pero más vale resumirlos todos en las dos excelentes monografías generales que los coronan, las de Isabelle Poutrin [1995] y Sonja Herpoel [1999]. Ahora bien, el interés se ha concentrado en los siglos XVI y XVII, ignorando la pervivencia del género en el XVIII y aun después: por otra parte, son estudios que han nacido básicamente de la pujante perspectiva del feminismo y de los estudios sobre ideas religiosas y espiritualidad.

Otra línea de trabajo, que ha tenido mucho desarrollo, sobre todo por parte de James Amelang [1993, 1995 y 1998], Antonio Simón Tarrés [1988, 1988b y 1989] o Xavier Torres [2000], es lo que, en sentido laxo, podemos denominar con el término un tanto problemático de *autobiografía popular*. Es un enfoque originado desde la historia social y de la vida privada, que pretende explorar un conjunto variopinto de textos personales de la Europa del siglo XV al XVIII generados por las clases bajas o medias de la sociedad: dentro de los también denominados *ego-documentos* los más elaborados serían las autobiografías, pero ni mucho menos los únicos. Los trabajos de Amelang, excelentes, aportan mucha luz sobre estratos sociales del género autobiográfico usualmente postergados, aunque sólo han sacado a flote un limitado número de obras de ese periodo que puedan considerarse autobiografías *stricto sensu* desde una visión literaria. Estos estudios sólo tocan el siglo XVIII de refilón y casi siempre se han centrado en textos catalanes, los más abundantes en la tradición española (o al menos los más estudiados)⁵.

El otro gran centro de interés crítico ha atendido a la producción más reciente del siglo XX, en infinidad de aspectos, ya que el conjun-

⁵ Véase una discusión más amplia de las implicaciones teóricas en mi catálogo [Durán López, 1997: 19-20] y en mi reseña del libro de Torres [Durán López, 2001f].

to de obras y su variedad es muchísimo mayor. La mayoría de los encuentros académicos, cursos y proyectos de investigación universitarios sobre la autobiografía llevados a cabo en la última década se orientan decididamente a la más cercana actualidad o al siglo XX en general. No voy a demorarme en dar detalles, pero cabe señalar que la abundancia de la bibliografía se combina con una atomización igualmente notoria. Apenas hay estudios generales ambiciosos, ni estudios sectoriales sólidos sobre secciones cronológicas o temáticas concretas⁶. Destacan por su valor general los trabajos de referencia bibliográfica acerca de lo escrito y publicado después de 1975, realizados por José Romera Castillo⁷. Los estudios de Anna Caballé, que tienen un planteamiento de continuidad desde el siglo XVIII al XX, se centran sobre todo en esta última centuria y recurren a los dos siglos anteriores, sobre todo al XVIII, como panorámica previa que explica la situación presente.

3.

Este florecimiento crítico, como ya dije, no incluye muchos acercamientos a los textos del XVIII y principios del XIX, la época que menos interés ha despertado. En los últimos treinta años, no obstante, sí se han venido produciendo avances que sentaban unas bases para el estudio y conocimiento de este periodo: me refiero a las ediciones de las obras de Juan Antonio Posse, Juan Antonio de Armona, Francisco de Saavedra, Joaquín Lorenzo Villanueva, José Nicolás de Azara, José María Blanco White, José Cadalso, Gregorio Mayans, Manuel Martí, etc., que en algunos casos suponían la recuperación de obras inéditas o que no se habían editado nunca en buenas condiciones. A partir de esas publicaciones, todavía insuficientes porque siguen quedando obras por

⁶ Caben destacar algunas monografías sobre aspectos parciales. De intereses esencialmente historiográficos tenemos una buena bibliografía comentada de autobiografías y textos afines relativos a la guerra civil, no sólo españoles [Cuadernos, 1967-1969]. Limitado a seis autores bastante variopintos de finales del siglo XX, el libro de Robert R. Ellis [1997] se centra en el tema de la homosexualidad. Más reciente aún, el estudio de Loureiro [2000] sobre lo que denomina la ética de la autobiografía, tiene un capítulo dedicado a Blanco White, mientras que los demás se interesan por autores más próximos, como Juan Goytisolo; Ríos Carratalá [2001] ha estudiado las memorias de actores. También merece mención el volumen colectivo publicado en Suiza [AA. VV., 1991].

⁷ Son muchos trabajos distintos, pero el fundamental es su bibliografía de 1993, de la que los demás son o secciones o ampliaciones.

rescatar, era ya posible plantearse una aproximación seria. En cuanto a bibliografía secundaria, sin embargo, el panorama era y sigue siendo mucho más pobre. Los trabajos existentes son dispersos y poco ambiciosos. Es cierto que hay varios oasis críticos sobre autores especialmente eminentes, pero han sido originados en función de la importancia del escritor y no tanto en relación con el género autobiográfico.

El primero y más importante de esos oasis se centra en torno a Torres Villarroel, que está justo en el punto de partida del auge de los estudios sobre la autobiografía en España con los tres libros ya citados de 1975, a los que se suman en los años siguientes decenas de otros trabajos de diverso cariz, entre los que sobresale el volumen colectivo recogido por Pérez López y Martínez Mata [1998], certero estado de la cuestión. La fama de Torres y su *Vida* era, sin embargo, previa e independiente al auge de los estudios autobiográficos, por lo que casi siempre la crítica a que ha dado lugar se ha movido en parámetros bastante desligados de lo que suponía el aspecto autobiográfico de Torres, incluso cuando declaraban lo contrario. El lugar que ocupa el salmantino en la tradición del género en España queda casi siempre descontextualizado. No obstante, el asedio sobre el escrito torresiano condujo a buscar en su entorno; es de gran importancia un artículo de Mercadier [1988], que abordó la efímera floración de autobiografías motivadas por el éxito de Torres en 1743: las de Gómez Arias en 1774 y Joaquín de la Ripa en 1745. Su conclusión era que Torres había institucionalizado en la España del XVIII la posibilidad de que personas comunes que no eran profesionales de la literatura ni grandes personajes públicos escribiesen sus autobiografías y éstas fuesen aceptadas por el público, es decir, que Torres no sólo sería un precursor, sino que se constituiría él mismo en un modelo válido, aunque durante poco tiempo. Esta intuición del hispanista francés, a mi juicio, coloca en el buen camino para encuadrar a Torres en un marco coherente de explicación de la autobiografía dieciochesca española⁸.

Hay otros tres oasis semejantes, de menor entidad, los que afectan a las autobiografías de José Cadalso, José María Blanco White y José Mor de Fuentes, que han dado lugar a debates críticos ricos y variados, de valor más o menos clarificador según los casos. En el curso de este libro se verá la manera en que esa bibliografía trata de ubicar a estos tres autores. Valga por ahora con decir que en general se padece el mismo defecto que ya he señalado en otros momentos: la falta de un cuadro conjunto que explique la autobiografía del periodo conduce a

⁸ A desarrollar esta cuestión dediqué la tercera parte de mi citada tesis doctoral.

desenfoques cuando se pretende ofrecer lecturas aisladas de autores descollantes cuyo contexto se desconoce. En los casos de Cadalso y de Blanco White, además, se une a esta descontextualización el hecho indudable de que, incluso si se estructura bien una imagen del género autobiográfico en su entorno, no encajan en ese marco con comodidad, como razonaré en su momento. Uno de los esfuerzos mayores que he procurado realizar ha sido precisamente integrar el estudio de los grandes textos —cuando era factible, ya que, cuando no, he prescindido de ellos— en una interpretación general que tomase en cuenta al mayor número de obras posibles, subordinando siempre el trabajo sobre piezas concretas a esa interpretación y sin permitir que la grandeza, o la peculiaridad de determinados escritores, o su superioridad respecto al resto del *corpus*, lastrase mi visión del género. En eso las ayudas bibliográficas son escasas.

Sólo hay dos autores que hayan dado visiones extensas y más o menos generales sobre la autobiografía del periodo por el que me intereso. Me refiero a las publicaciones de Anna Caballé [1991, 1995 y 1998]⁹ y Gabriel Sánchez Espinosa [1994]. A esto habría que añadir los trabajos de otros dos autores, también con pretensiones de visión global, pero de extensión y ambición mucho menores, los de Francisco Sánchez-Blanco [1983 y 1987] y Monroe Hafter [1993]. En el caso de Caballé, su visión es la más sólida y estructurada de las que se han publicado sobre cualquier época de la autobiografía española, pero está orientada hacia la segunda mitad del XIX y, sobre todo, hacia el siglo XX; la visión del periodo anterior resulta demasiado esquemática, pero facilita un buen punto de partida.

En cambio, sí profundiza en ese periodo una buena parte de la introducción de Gabriel Sánchez Espinosa [1994] a su edición de las memorias de José Nicolás de Azara¹⁰. En el intento de proporcionar el contexto que explica la obra del diplomático aragonés, Sánchez Espinosa ejecuta el estudio más numeroso que había hasta ese momento sobre autobiografías y memorias del XVIII y primera mitad del XIX. Su método consiste en ordenar cronológicamente las noticias que recopila y efectuar un comentario de desigual extensión y valor de cada una. El mayor mérito es la apreciable exhaustividad de su lista y el dar el primer tratamiento desde el punto de vista autobiográfico de muchas

⁹ Los distintos trabajos citados de Caballé y otros varios más específicos que se pueden ver en la bibliografía vienen a condensarse y a sistematizarse en su libro *Narcisos de tinta* [Caballé, 1995], que es la obra de referencia de esta autora.

¹⁰ Esa parte ha sido suprimida en su reedición en Zaragoza 2000.